

Brevísima relación de la destrucción de los libros

Tomás Alzogaray

Agustín Berti

Gabriela Halac

Reinicios

UNO: Esto empieza a media noche con unas cervezas frías y mucha marihuana clavando libros en una pared, escuchando la radio, decorando un bar llamado **Antonin**, éramos un grupo de amigos cumpliendo un sueño. O comienza en México en un departamento alfombrado escuchando vinilos de Silvio, La Fania, Blades, Paco Ibañez, éramos una familia. O en Las quince letras en Zacatecas tomando tequila y comiendo birria, éramos artistas peleando con borrachos. O comienza en Inty Yaco, tirando cenizas y bebiendo vino tinto, éramos una manada festejando la vida y celebrando la muerte. O esto no comienza porque nunca acaba. DOS: Sentados sobre la fosa recuerdo lo que nos dijo Darío en el bar del pabellón Argentina *-tienen que entender que una excavación de este tipo es única, irreversible e irrepitable-* solo cuando estuvimos al borde del pozo, atónito entendí el porqué de la insistente aclaración de Darío. Se removieron las entrañas, desenterramos los años, allí se abrió un portal, brotaron las ausencias de la tierra como un geiser. TRES: Como si fuese un niño viviendo un nuevo sentimiento. Con una pequeña en brazos y un grupo de amigos logramos rescatar dieciséis bultos del jardín de nuestros padres, estaban entre dos de los tres pinos que sobrevivieron. Quince de los bultos son libros (silencio). CUATRO: Esto (no) termina en Galápagos, entre las olas del mar, las iguanas y las tortugas, una imagen para pensar en los movimientos de la vida y el paso tiempo.

Tomás Alzogaray

Marzo de 2017

Relación

Entre diciembre de 1975 y marzo de 1976, Liliana Vanella y Dardo Alzogaray enterraron parte de su biblioteca en un pozo de cal el patio de la casa que estaban construyendo en Villa Belgrano, entonces un barrio de quintas en el noroeste de la ciudad de Córdoba. En agosto, a meses del golpe de Estado, Dardo se exilió en México. Liliana y su hijo Tomás lo siguieron en diciembre. En ese lapso, Liliana continuó la construcción de la casa. Luego distintos parientes y amigos la habitaron sin saber de los libros habíansido escondidos en el patio.

Ocho años más tarde, bajo un programa de repatriación de exiliados de Naciones Unidas, regresaron al país. Una vez instalados en la casa, comenzaron a cavar en distintos lugares del patio procurando dar con el viejo pozo de cal. Luego de algunos intentos fallidos, Dardo encontró una bolsa. Dentro había un libro desecho por la humedad. Decidieron cerrar el pozo y dar la biblioteca por perdida.

Treinta años después, Gabriela Halac y Tomás Alzogaray Vanella comenzaron una indagación en torno al destino de las bibliotecas de sus padres. En ese marco, entrevistaron a Dardo y a Liliana sobre el lugar donde suponíanque estaba enterrada la biblioteca, y comenzaron a explorar la posibilidad de desenterrarla. El 29 de septiembre 2015, falleció Dardo. El 29 de septiembre de 2016, exactamente un año después, Tomás recibió un llamado del Ministerio de Cultura de la Nación que le informó que se les otorgaba un financiamiento para llevar adelante el proyecto, al que poco tiempo antes se había sumado Agustín Berti.

La excavación del patio de los Alzogaray Vanella comenzó los primeros días de enero de 2017, con ayuda de miembros del Equipo Argentino de Antropología Forense. La semana de trabajo, removiendo más de cuatro toneladas de tierra, hasta dar con el pozo de cal, fue registrado por Rodrigo Fierro. Un metro y medio bajo tierra, detrás de tres pinos, se hallaron catorce paquetes.

Córdoba, febrero de 2017

Hablamos con Dardo

DA: Para nosotros eran muy importantes los libros. Fue una época en la que eran muy importantes como objeto pero también como conocimiento. Realmente éramos muy jóvenes, pero sí había una circulación permanente de producciones a las que estábamos muy atentos y también teníamos deseos. El deseo se iba para ese lado. Era una época donde había ideas que se disparaban permanentemente. Y eran novedosas. Yo venía de una tradición...

Vivía en el garaje de mi casa, supongo que por un problema de espacio, y ese garaje de mi casa era muy bonito, muy confortable, pero lo más lindo que tenía era una biblioteca, la biblioteca de mi padre. Mi padre era un liberal que había sido comunista, del partido comunista pero era un gran lector. Entonces para mí esa era una tradición importante. Yo empecé a leer en principio libros editados por Cartago, libros editados por todas esas editoriales comunistas de la época, también creo que estaba Espartaco, todos nombres más o menos así. También había ediciones de la Unión Soviética en español, ése era nuestro mundo cuando éramos chicos, incluso leíamos cuentos estaban editados también por estas editoriales. Me acuerdo de una edición del *Antiguo testamento*, preciosa. Era una edición alemana en español, que había hecho el Partido Comunista español y que era parte de las negociaciones políticas de esa época. A mí, cuando era chico, me gustaba mucho ese libro. Y, por otro, lado tenía la tradición de mi mamá que era maestra, liberal, católica y que insistía con ciertas literaturas clásicas. Había un contorno en el que siempre los libros nos eran comunes. Yo vivía en el dormitorio con mi hermano y los libros nos servían para todo, tanto para entendernos como para jugar. Había como una convivencia con los libros.

Como los '60 son de ruptura, hubo que romper un poco con esa literatura que nos habían puesto desde mi casa, entonces empiezan a aparecer nuevas cosas. Cortázar indudablemente es el primero que nos parte la cabeza y todo ese grupo con Vargas Llosa y Gabriel García Márquez. Era algo que aparece y comienza a tener cada vez más importancia. Y a medida que aparecen ellos, nosotros le empezamos a dar importancia a otros autores que estaban en esa biblioteca y no le habíamos dado bolilla, un material que no lo habíamos leído, sobre todo poesía, quizás porque no les habíamos dado la jerarquía que tenían. Puede ser que fuera porque éramos muy chicos: quince, dieciséis años. Entre esos estaba Neruda, pero no el Neruda que después vamos a conocer, sino un Neruda de los '60, que a los quince años no era para sacarte la cabeza leyéndolo, y el que sí siempre me

había gustado era Nicolás Guillén. Porque era comunista y había acompañado la revolución cubana, explicitaba sobre el socialismo. A esa literatura le tenía mucha estima y mucho cariño.

En los '60 aparece todo un pensamiento crítico respecto a las posturas ortodoxas como las de la Unión Soviética, los estalinistas, y todos nos sumamos a esta posición, hay una aparición de una nueva literatura y de nuevos paradigmas teóricos a partir de los cuales comenzamos a reflexionar. Todo esto relacionado a la política, entonces ya había aparecido una nueva edición sobre Lenin, irrumpe Gramsci impulsado por Aricó desde la *Pasado y Presente*. Comienza a haber nuevos libros indispensables como *El hombre y el arma* del General VõNguyênGiáp. En el sentido en que Giáp adhería a la posición guevarista a la que nosotros de alguna forma ya adheríamos. Había otro que se llamaba Guillén que tenía un *Manual para ser guerrillero* que yo apreciaba mucho y era algo que circulaba bastante. No sé quién lo editaba, era una de esas ediciones respiratonas pero que indudablemente eran para difundir las ideas que en ese momento tenían cierta dominancia.¹

El libro era muy apreciado, porque en ese momento no había fotocopia, así que tenías que comprarlo. Estaba la posición de que si no se compraba, se expropiaba, porque la cultura tenía que ser para todos, que el mostrador de la librería tenía que ser justo. Había una circulación de mucha literatura. A mí en particular, quizá por influencia de mi viejo, una que me interesaba mucho era una colección de Eudeba que empezó a salir en los '60. Con el gobierno de Frondizi se larga una propuesta masiva de literatura popular. Sale toda una cosa del teatro nacional reeditado, toda la historia de los ensayistas, de Moreno para acá, de Belgrano para acá, eran una ediciones muy bonitas y eran muy baratas. Que se va a llamar el Centro Editor.

Centro Editor a su vez empieza a sacar un montón de revistas de divulgación. En esa época era la situación de la creación del Tercer Mundo. Venían las historias de las revoluciones y era una revista bien interesante que después me voy a dar cuenta en el exilio que yo voy a conocer a tipos que ya había leído. Había una señora Vélez que escribía siempre sobre el África. Otra que fue muy amiga mía es que fue la compañera de la Justa, la Selma Agüero, a quien después voy a conocer, y de quien en ese momento ya voy a haber leído sus trabajos sobre el África. Y el África para nosotros en ese momento era un referente, era la revolución por lo que había pasado en Argelia. En realidad hay un campo

¹ Puede tratarse de una edición del libro de Abraham Guillén, *Estrategia de la guerrilla urbana*, Montevideo, Manuales del Pueblo, 1966.

histórico y un campo político, para nosotros era el referente de lo que estaba pasando en el mundo, el tercermundismo que estaba presente en Nasser, en lo que estaba pasando en Camboya, y en Vietnam. Y todo eso se consumía con avidez, de alguna forma. Y estaban hechas y producidas para que así fuera.

Centro Editor estaba para esto, para que hubiera una divulgación no sólo de una problemática nacional, en una época donde el independentismo era muy fuerte como idea de pensamiento, así que el conocimiento de lo que vos podías pronunciar hacia afuera, y de las luchas anti-imperialistas en el mundo... Estábamos como ávidos. El anti-imperialismo no era solamente leer política, era leer literatura, y ver esos pueblos, qué pensaban, qué decían. Esos '60 que por eso es que pensamos que fueron esplendorosos en cuanto a producción cultural es que estallaron. Quizás eran poquitas cosas si lo vemos desde ahora, pero a donde no había nada, que apareciera todo ese mundo nuevo... estaba bueno. Entonces en las bibliotecas, o en mi biblioteca, había una variedad de cosas, quizás porque tampoco uno sabía bien qué quería y entonces se iba metiendo por todos lados, por diferentes caminos, pero sí tenía un corte muy político. Cuando leíamos a García Márquez, lo que más amábamos era su capacidad de crítica al imperialismo y esto de tratar de definir una cultura con una especificidad latinoamericana, por eso nos entusiasmaba lo real maravilloso. De pronto también en esos libros íbamos descubriendo tipos que habían quedado oscuros.

En esa época desconfiábamos mucho de los premios Nobel. Si habían ganado el premio, no teníamos que leerlos. Era algo así. A mí, por ejemplo, me gustó mucho leer a Asturias, que lo había ganado y descubrí todo un mundo con *Los hombres de maíz* de Miguel Ángel Asturias. Daba otra imagen de América Latina. Pero también salieron nuevas ediciones sobre el marxismo y sobre *El Capital*. Y nosotros éramos críticos de la Unión Soviética, no del socialismo, sino que decíamos que había que superar las posiciones de la Unión Soviética y la consigna nuestra era contra el capitalismo socialista. Es decir, nos poníamos en una situación radical sin ninguna situación de intermediación o de camino. Éramos medio burros políticamente, porque no habíamos crecido lo suficiente, pero eso nos daba el impulso para plantearnos cosas.

Empezaron a salir nuevas ediciones. En lo cual nuestro país tuvo bastante que ver, tuvo que ver mucho Siglo XXI, tuvo que ver mucho Aricó y todo ese grupo de gente que estaba alrededor de ellos que andaba pensando en una posición crítica a lo que había sido hasta ese momento la posición del marxismo. En el campo de la literatura se estaba

abriendo la semiótica, se estaba hablando del estructuralismo, todo esto eran partes de la lectura en la que estábamos juntando libros y haciendo bibliotecas. Había una gran circulación de estas cosas, no sé cuántos eran míos, o cuántos libros míos se habían ido a otras bibliotecas y quizá se perdieron por algún lado, o se quemaron. Se quemaron muchos libros en aquella época. Los quemó Menéndez² después del golpe, pero también mucha gente tomó la precaución y quemó sus libros porque no podía sacárselos de otra forma.

Los libros estaban expresando lo que el dueño pensaba. Por ejemplo si tenías un libro de marxismo, pensaban que eras marxista, si tenías un libro de Lenin estabas más cocinado todavía. Y si tenías uno del guevarismo y el foquismo, también estabas recocinado porque adherías a esas posiciones. Entonces, las bibliotecas, por lo menos para una gente del sector que estábamos metidos, en la militancia, o por lo menos discutía política, eran una evidencia de la actividad política. Las nuevas ediciones que empezaron a salir sobre revisiones de las posiciones clásicas de la Unión Soviética son las cosas que uno iba comprando. Empezamos a darle importancia a la editorial y a darle importancia al prólogo, a entender para qué servía eso. ¿Quién lo saca? ¿Qué es esto? Pensábamos, “si no pasó por la academia rusa, esto puede ser importante”. Y así se iban conformando esas bibliotecas.

Lo que era muy lindo en esa época es que recibías muchos libros, y que cada libro era descubrir algo. Pero a su vez los hacías circular, porque no era tan fácil comprarlos ni tampoco podías ir a fotocopiarlos. Había algunos que los fotografiaban, página por página. Creo que había un montón de gente que con orgullo iba armando sus bibliotequitas. Probablemente las bibliotequitas no eran sino ladrillos de cemento con tablas cruzadas. Algunos eran más prolijos, otros iban amontonando. Creo que era caro o éramos burros, entonces se iban construyendo de esta forma. Otra cosa que nos gustaba mucho en esa época, nos impactaba de brutalmente, fuertemente, era todo lo que había sido la Guerra civil española era García Lorca, Alberti. Todo lo que venía de España tenía una llegada a la Guerra civil española. Queríamos eso. Y la parte romántica estaba en toda esta poesía y en todos estos poetas. A García Lorca siempre tratábamos de tenerlo, salían ediciones chiquitas, grandes, las *Obras completas* que las había sacado Aguilar. Así que para ciertos sectores hasta Lorca se había vuelto un autor molesto. Entonces, había todo un material de poesía que de alguna forma se volvía molesto para el régimen. La policía, cada vez que veía

²Luciano Benjamín Menéndez, comandante del III Cuerpo de Ejército, con sede en Córdoba, desde septiembre de 1975 hasta septiembre de 1979.

esos materiales, ya sospechaba. A lo mejor si no sabían de Lorca, pero tenías de algo Lorca, tenías marcado “Muerte de Antonito, el camborio”, ya había una suerte de sospecha.

Algunas publicaciones que también habían salido en esa época como *La guerra civil en España* de Trotsky, que era una buena versión y un buen análisis o interesante, que básicamente rompían la lógica comunista de la Unión Soviética. No es que fuéramos trotskistas, sino que veíamos que había una crítica firme de gente que había visto, participado, o tenía información de primera mano en relación a la Guerra Civil. En las bibliotecas en esa época había muchas cosas españolas. Eran muchos los españoles, incluso, que estaban en el exilio. Ya a esos tipos del exilio nosotros les teníamos un profundo respeto porque eran justamente éstos que estaban montando las editoriales. Muchas de las editoriales se vienen a Argentina y después del golpe del '76 transitan hacia México. México, que había sido importante editorialmente, se gana toda esta gente dedicada a la producción editorial, que se corre hacia allá. Para esa época, para los '60, como estaba el franquismo en España, Argentina era la mayor productora de libros de lengua española.

Pero además teníamos otros maestros para la literatura y para la política. Era la gente que vendía libros. Vendían libros de todo tipo: libros de ingeniería, de medicina. Gente grande que había venido con el exilio español y era mucho lo que te contaban. Eso circulaba mucho en el Clínicas.³ Había casas que vendían libros, esos libros que pagabas en cuotas que era lo que ellos vendían. Todos ellos eran republicanos, no sé si socialistas, pero sí republicanos. Ellos nos comían mucho la cabeza e incentivaban la lectura.

GH:¿Cuándo tuviste conciencia de que tu biblioteca se había vuelto peligrosa para ustedes?

DA: Estoy tratando de acordarme de la fecha. [*Silencio*]. Tuvimos una primera censura con los libros y fue una censura familiar. Cuando se da el asesinato de Trelew⁴, de los

³El Hospital Nacional de Clínicas, Hospital-escuela de la Facultad de Medicina de la Universidad Nacional de Córdoba.

⁴ Se refiere a la “Masacre de Trelew”, el asesinato de dieciséis miembros de distintas organizaciones armadas peronistas y de izquierda, presos en el penal de Rawson, capturados tras un intento de fuga y ametrallados posteriormente por marinos dirigidos por el capitán de corbeta Luis Emilio Sosa. Los asesinatos tuvieron lugar en la madrugada del 22 de agosto de

compañeros que están en Trelew, después de la salida del avión que va a Chile y termina en Cuba. Quedan estos compañeros en Trelew, creo son diecisiete, y los matan. Entonces en todo el país se organiza un gran levantamiento, y nosotros también nos organizamos y nos levantamos para repudiar el crimen que se había dado. Por primera vez, la policía reacciona de una forma muy rara. Se hizo una asamblea en Arquitectura⁵ en la calle Vélez Sársfield frente a Ingeniería, y viene la policía toma presos a setecientos estudiantes, en realidad eran militantes, era el “activo” de ese momento. Y ahí la meten presa a la Liliana. Y ahí sufrimos la primer represión familiar. Algún familiar agarró todos sus libros y los tiró al diablo porque pensó que iban a venir a allanar la casa. Y eso se podría pensar como una posición de seguridad para la familia, pero en realidad estaba mostrando una cara de la sociedad civil nuestra. Entre los libros que se fueron, a todos los libros de tapas rojas los tiraron a todos por las dudas. Tiraron unos libros de Tolstoi, pensaban que Tolstoi era Trotsky. Tiraron un libro de un tipo muy interesante, muy reaccionario, que se llamaba Vicens Vives y que era una obra sobre la historia económica de España, importante la obra.⁶ Y aunque era muy reaccionario lo tiraron porque era de economía. Ya hay una irracionalidad que después va a estallar, hay una visión de la sociedad en los '70, creo que fue a finales del '71, de que por los libros la gente se va transformando, o se va cambiando, y que hay libros que pueden ser peligrosos.

Entonces la primera represión nos llegó de la interna familiar, apenas la metieron presa a Liliana, ahí, esa misma noche un familiar salió a tirarle los libros y le estoy viendo la cara de placer con la que lo debe haber hecho, el mismo placer van a tener en la quema de libros en el '76 con Menéndez. Entonces ahí tomamos conciencia de que había que tomar ciertas precauciones. Ya desde el Cordobazo no podías circular con la obra de *El capital* en la mano, o llevar el *Manifiesto comunista*, lo forrábamos. Se había empezado a sospechar. Se había dado un proceso de transformación en el país, las organizaciones, la guerrilla habían avanzado y el marxismo había empezado a ser peligroso, y el guevarismo, peor. Entonces había ciertas obras como las de Lenin, Trotsky y Marx, empezaban a ser molestas en el sistema.

Era un proceso acumulativo. Quizás en ese momento en que éramos jóvenes, cuanto más se perseguía el libro, más se deseaba. Es como la utopía. En realidad uno desea

1972, en la Base Aeronaval Almirante Zar, una dependencia de la Armada Argentina próxima a la ciudad de Trelew, provincia del Chubut, en la Patagonia Argentina.

⁵Hace referencia a la Facultad de Arquitectura de la Universidad Nacional de Córdoba.

⁶Puede referirse a Jaime Vicens Vives, *Manual de historia económica de España*. Barcelona, Editorial Teide, 1959.

las cosas que no tiene. Entonces si no tenías esos libros... Era importante. Quizás había otras obras que eran muy subversivas como el estructuralismo de Althusser y hasta el mismo Lévi-Strauss. Apareció un libro que se llamaba *El materialismo histórico* de Marta Harnecker que salió desde Chile por Siglo XXI.⁷ Con ese libro, si hacías una buena lectura sistemática, en una semana te consolidaba como marxista. Empezaron a salir una serie de literaturas que eran muy consumidas, una especie de “lecturas para todos”, que era un poco la idea de esa época. Incluso el mismo Althusser saca algunos trabajos que realmente son muy importantes y están dentro de la bibliografía de la teoría del marxismo y que en ese momento tenían importancia. Hasta los teóricos los discutían, ya sea para criticarlos o para hacer una defensa. Entonces las bibliotecas también se iban llenando de este tipo de material, de esto que nos satisfacía el imaginario. Esos libros nos decían que teníamos razón, esto va para ese lado, hay que seguir, hay que perseverar.

En esa época las bibliotecas se movían mucho. Se usaba mucho que cuando ibas a una manifestación existía un sistema de retén, nos organizábamos de a diez o quince personas. Cuando terminaba la manifestación, si éramos catorce pero teníamos que ser quince, faltaba uno. Sabías el nombre del que faltaba, y ahí inmediatamente se iba a la casa de esa persona y se recogía su biblioteca. Se decía que “se le limpiaba la casa”, por las dudas que lo hubieran detenido y luego hicieran un allanamiento. Muchas veces pasaba, para eso servía el sistema, para cubrir al que cayera preso. Pero también era una forma de hacer circular los libros, porque al recogerlos, muy factiblemente empezaban a circular y cuando el dueño venía ya no tenía los libros.

El libro como objeto de idea, como objeto para tener, era muy deseado. Ya no me acuerdo si era tan caro, me imagino que para nosotros debe haber sido un poco caro, pero la presencia de ciertas ideas era importante. Entonces esos libros, quizás los libros que están ahí abajo⁸, el setenta por ciento era mío y el treinta por ciento era de otros. Y me acuerdo que sentí mucho tener toda la obra completa de Lenin, que está ahí abajo, también de Trotsky, que había alcanzado comprarme tres de los diez tomos, creo que los compré en el Partido Obrero. Se fueron ahí también. Me acuerdo particularmente lo de Trotsky porque yo siempre andaba y todavía sigo...

⁷Probablemente se trate de *Los conceptos elementales del materialismo histórico*. Editada en Santiago de Chile por el Centro de Estudios IDS en 1970 y en México y Argentina por Siglo XXI.

⁸ Se refiere a que los libros que están enterrada en el mismo patio donde estamos haciendo la entrevista.

Hay un trabajo de Marx que se llama “Sobre el modo de producción asiático”⁹, es una propuesta de análisis, de reflexionar sobre las sociedades del mundo antiguo asiático del oriente y en ese momento nosotros lo teníamos muy presente para poder analizar con esas categorías América, particularmente los Aztecas y los Incas. Era una propuesta ideológica a su vez muy perseguida por el estalinismo, porque Trotsky había utilizado este material para criticarlo a Stalin. Entonces a nosotros nos parecía muy importante. Sigue siendo importante esta propuesta. Después en esa biblioteca¹⁰ estaban las revistas del *Centro Editor*, que hablaban de Sandino, del Che Guevara, de Fidel Castro, de los hombres del siglo, también estaban Churchill, Roosevelt, etcétera. La policía cuando entraba, si encontraba publicaciones de *Centro Editor* sospechaba, porque siempre había una visión crítica.

Había muchos libros de historia económica, muy mezclados, entre soviéticos y nuevas alternativas y propuestas y la posición de Braudel de análisis del mundo mediterráneo, que es hoy una escuela histórica muy importante -la Escuela de los Anales-, también estaba medio sospechado porque alguien había filtrado que Braudel alguna vez, de alguna forma, había participado en el socialismo. Y algo que habíamos codiciado siempre, que nos llegaba de a gotas, era tener ediciones de Casa de las Américas, que era lo que irradiaba la subversión. Más allá de que fuera un libro de poemas. Me acuerdo que habían sacado una edición muy linda de [Herberto] Padilla que luego va a ser perseguido por la propia Cuba. Al lado de eso estaban todas las cosas de Guillén, *Sóngorocosongo*, *El son entero* toda esta poesía que a nosotros realmente nos apasionaba en esa época. Estaba lo de Vallejo que era peligroso. En esa biblioteca se fue música, muchos cassettes de Víctor Jara. En esa época se acostumbraba mucho a comprar a los poetas en ediciones donde ellos leían sus poemas. Alfredo Alcón, por ejemplo, leía a García Lorca. También había muchos discos que habían salido sobre todo por la revolución de los chilenos, este intento de democracia con Allende, y salió cualquier cantidad de material desde Chile porque también ellos publicaron muchas cosas, que no entraban acá pero que era fácil hacer circular. Las bibliotecas tenían mucha música. Estaba también los discursos de Fidel Castro grabada en el del Encuentro de OLAS.¹¹

⁹ Publicado originalmente en *Formaciones económicas pre-capitalistas* de 1858 y publicado en distintas reediciones y compilaciones. Puede tratarse de la edición de Circulo Rojo, Bogotá, 1970.

¹⁰ Cuando dice “esa biblioteca” habla de la que enterró antes del exilio familiar en México.

¹¹ OLAS es la sigla de la Organización Latinoamericana de Solidaridad creada en 1966 con ocasión de la Conferencia Tricontinental de La Habana, promovida por Fidel Castro

GH: Si tuvieras la posibilidad de sacar del enterramiento uno de todos los libros de tu biblioteca, ¿cuál sería?

DA: Hay un libro que me comió la cabeza en esa época. Muchos libros los pude reponer, pero hay un libro del General Võ Nguyên Giáp que era el segundo de Ho Chi Minh era *El hombre y el arma*¹², una defensa fantástica de la posibilidad de cambiar el mundo a través de las ideas. No habían ganado la guerra de Vietnam todavía, y la idea era que iban a ganar la guerra por un problema de conciencia. Además era historiador. Ese libro no lo pude conseguir nunca más, pero para mí fue muy importante, para mi época, en el sentido que hacía ver las cosas desde otro lado. Más allá de que Vietnam era un pueblo levantado en armas. Tenía un profundo carácter humano el libro, desde un sentido de la transformación del hombre. Después no lo conseguí.

Y siento las ediciones que perdí, creo que había de Losada, una de Nicolás Guillen. Y tenía unas ediciones viejas que eran de mi padre, creo que de 1915, de las primeras organizaciones anarquistas de nuestro país, unos libritos donde los anarcos impulsaban el cooperativismo, la formación de cooperativas para el trabajo, formación de cooperativas para el sanitarismo dentro de las fábricas. Eran como una joyita que yo tenía en esa época y que no se editaron más. Las vi una vez en la Biblioteca Nacional, son como veinte libros todos forraditos en rojo. En esa época deben haber sido de muy poca tirada. Debe haber muchos libros que me he olvidado y que después, con el tiempo, en alguna forma de a poco los fui recuperando.

G: ¿Qué significó para vos el momento de enterrar esos libros? ¿Qué expectativas tuviste durante esos ocho años que viviste en México sabiendo que los libros estaban enterrados en el patio de tu casa de Córdoba?

D: Yo pensaba que siempre los iba a recuperar. Enterrarlos, guardarlos, y no quemarlos era pensar que los iba a recuperar. Creo, y las imágenes siempre se confunden, que por

¹²*El hombre y el arma*. Buenos Aires, La rosa blindada, 1968.

situaciones individuales, por lo que nos iba pasando políticamente, dijimos “esto no da para más”. No daba seguir teniendo esa biblioteca que iba creciendo. Crecía por dos razones, una la que ya te comentaba antes, y otra porque empezaba a descubrir libros que yo le criticaba a mi papá y que sí valían la pena. Se los sustraía a mi papá y los iba agregando a mi biblioteca. Y después por situaciones políticas de lo que nos fue pasando y la necesidad de tener que irnos, dijimos bueno, estos libros tenemos que hacerlos desaparecer.

Porque me había pasado un hecho loco, antes. Yo guardaba un material político en un sótano, y ese sótano era en un internado de niños discapacitados. Guardaba eso y algunas otras cosas más. Teníamos todo un material que sacábamos mimeografiado. Pasábamos el libro a estencil y eso pasaba a una máquina que le dabas manija y podías reproducir la cantidad de páginas que quisieras hasta que se gastara. En ese sótano habíamos reproducido muchos libros, entre esos, yo me acuerdo de uno de la Harnecker. Y quizás hoy me pregunto para que tanto trabajo para reproducir a la Harnecker. Los chicos, que eran discapacitados, se metieron en el sótano en un momento que yo dejé abierto. Sacaron todos los libros, sacaron las revistas, todas estas publicaciones que había, algunas gorras también, cosas que se usaban en aquella época para moverse, algunos disfraces. Entonces todo lo que teníamos guardado abajo vía sótano, salió afuera, lo cual apresuró la cosa de tener que irnos porque esto sirvió para una denuncia.

Así que yo creo que vino por una cuestión de seguridad la necesidad de cavar un pozo y enterrar todas las cosas. Enterrar las cosas y guardarlas. Creo que coincidió que estábamos haciendo esta casa al fondo. Creo, ya no estoy tan seguro, que estábamos haciendo la casa y estaba con nosotros un compañero al que justamente dos o tres días antes le habían matado a su hermano. Él estaba con nosotros, estábamos los tres haciendo la casa y paró un camión militar. Yo pensé “sonamos”, pero no, el tipo del camión creo que gritó “oiga ¿no sabe donde vive tal?”. Y sí sabíamos. Era tan gracioso que lo nombraran así, porque era un conocido que vivía acá a la vuelta, así que le dijimos que no sabíamos a dónde vivía. Pero pensamos, si están por llegar ahí, tenemos que sacar todas las cosas, pero no las podemos quemar sino que las guardemos. Entonces empezamos a cavar un pozo. Tomamos algunas precauciones, creo que le pusimos un fondo de arena, unas tablas, los forramos bien con nylon, pero todo medio a las apuradas porque estábamos apurados. Dijimos “de estas cosas hay que deshacerse, no las podemos quemar, no las podemos tirar...” Otra gente las tiraba al canal. Aquí cerca hay un canal de agua que cruza por el

Tropezón. Canal mayor se llama, y entra después para Villa Warcalde. En ese canal se tiraban muchas cosas en apuros, cuando corría el agua.

Y ahí, en el pozo, metimos esos discos, esas músicas que teníamos, algunos objetos que teníamos.

GH: ¿Te acordás de qué cosas, además de libros, metieron al pozo?

DA: Sí, un revólver tenía. Y, en realidad, cuando vine a cavar¹³ lo primero que encontré fue el revólver, que lo había dejado arriba, engrasado y con nylon. Cuando volvimos, lo primero que encontré fue ese revólver que estaba picado, picado, picado... era un revólver chiquito, para usar en una cartera, calibre veintidós y estaba todo desarmado. Si el revólver estaba así con todo el baño de grasa que le habíamos puesto y envuelto en nylon, pensé, todo lo demás no está.

Empecé a cavar y rebotó la pala, saqué un pedazo y alcancé a tocar una parte de un libro del Centro Editor que estaba totalmente destruido. Habían pasado nueve años. Otras cosas que estaban más allá también estaban destruidas, más allá de que las hubiera puesto con todo cuidado y a poca superficie. Por lo cual dije no, no voy a sufrir el hecho de ver todo esto destruido. Y, me acuerdo, paré de cavar. Justamente estaban acá dos amigas muy queridas mías la Justa Ezpeleta, que era pedagoga y que también se había tenido que ir en esa época, y Selma Agüero. Que era aquella de quien yo había leído sus cosas de *Centro Editor* y que estaban acá. La Selma estaba muy ansiosa de que yo sacara los libros. Ella debe tener veinticinco años más que yo, o treinta. Inició los estudios africanos para América Latina y se asentó en el Colegio de México. Durante todo el tiempo en México, la conocí, tuvimos una relación afectiva muy fuerte, como de mamá nuestra y funcionaba un poco como abuela de los chicos, muy cariñosa y ella tenía una expectativa muy grande y me presionaba para que cavara. Y yo cuando ya había cavado y sacado el metal y estaba así, pensaba que lo otro estaría peor. Y seguimos cavando y empezaron a aparecer las revistas. Ya no recuerdo en el orden que las había puesto pero estaba muy podrido. Entonces supe que no íbamos a tener ningún logro, sino que íbamos a tener un dolor más sobre todo esto que habíamos perdido. Y bueno... Perdido y no. Porque de todas maneras hay algo de las

¹³Cuando los AlzogarayVanella regresaron a la Argentina en 1984, intentaron recuperar los libros enterrados.

bibliotecas que se recupera con la memoria. Es cierto que apenas llegué, hubo libros que compré rápidamente.

Hay un libro de poesía de Girondo, y en un momento Girondo se había vuelto subversivo, de un día para otro. Todo esta nueva onda que había aparecido hacia finales de los sesenta hay una recuperación brutal de Girondo que era pensar de otra forma. Si llegaba la policía y encontraba un libro de Girondo era sospechoso. Entonces llegué a México e hice todo lo posible por conseguir el libro de Girondo que para mí era importante. Por eso busqué el de Giáp que no volví a encontrar. Ya no me volví a comprar Lenin porque andaba pensando de otra forma. *El Capital* que tenía justo coincidió que Siglo XXI sacó una edición fantástica traducida directamente de las obras de Marx al español que ya no pasaban por la Academia de Ciencias [de la URSS]. También creo que después de los setenta, después de la dictadura militar, se da una renovación fuerte en el campo de las ideas y de la política y comienzan a aparecer nuevos paradigmas y referentes.

Entonces pensé sí, esto es parte de mi historia, es parte de mi pasado, avanzo sobre esto. Ahí sí vuelvo a rearmar una nueva biblioteca, creo que más grande, porque creo que era más grande el campo de las ideas que tenía. Al estar en México, relacionarnos con todo el mundo de América Latina, la cabeza se nos abrió. Cuando decidimos venir de México la prioridad fue traer los libros, creo que no dejamos ninguno. Levantamos todo y nos trajimos esos libros con cierto recelo todavía y con miedo de que en la aduana nos pudieran parar. De todos modos llegaron todos y no los perdimos. A veces, pienso que en esos libros que se fueron sí hay cosas que me acuerdo de libros que eran de mi viejo. Fijáte vos, él los tuvo durante muchos años a esos libros pero la persecución del libro comenzó en el '66 en el '70, antes no había un hecho de persecución del libro. Porque realmente había una persecución del libro más que a la gente. Luego comienza esta, la policía estaba ávida por entrar y buscar a ver qué libros había. Y había unos monjes negros que señalaban este sí este no y creo que había buenos especialistas en eso de señalar qué libros podían ser sospechados. Pero yo creo que como parte de las cosas que vivimos, con todas las cosas que perdimos, perder una biblioteca no era nada, era doloroso pero es algo que se podía en alguna forma rearmar. Lo rearmamos con los otros, con los amigos, con los compañeros, con las ideas. Pero era una época donde se perdía mucho más, se perdían los hijos, padres, familias, se desintegraron las cosas. Entonces tuvimos la posibilidad de rearmarnos y quizá hasta teóricamente todavía mejor que hasta lo que habíamos hecho hasta ahí. Esos libros, en algún campo, en alguna forma de ser, hizo que pudiéramos crecer. En el sentido que nos

dio la posibilidad de lanzarnos sobre otras nuevas literaturas. Y con la memoria de los que nos va quedando de todo eso que está ahí abajo, pero que lo podíamos ir recomponiendo. Me imagino que la biblioteca a lo mejor tampoco era tan grande y tan valiosa.

Después empecé a buscar libros-objeto, libros que me fascinaban por las ediciones, y en ese momento, en los '60 y '70, no hay tanta obsesión por la edición como lo hay ahora: el diseño, verlos... Quizás los libros sí salían mejor encuadernados, no eran tan masivos, estaban cosidos. Pero ya habíamos entrado en la otra etapa de un libro más masivo, más barato también o accesible. Hay muchos libros a los que sí, les extraño la textura, les extraño el lomo, pero bueno... después también los volví a encontrar. Recordando esos libros ya no por eso sino recordando a los autores y lo que eso me produjo alrededor. De esos amigos, esa circulación loca del libro que tenía entonces esa particularidad. Que se llamaba "limpien la casa", dicen "limpien la casa porque va a llegar la policía". Ese limpiar era sacar los volantes, los libros, que podían ser embromados y de paso te llevabas otros libros que te gustaban y con eso le garantizabas la vida al compañero. Pero a su vez ese libro entraba a circular. Era una gran circulación... no estaba mal.

TA: ¿Por qué enterrarlos y no quemarlos?

DA: Quemarlos estaba duro, no lo podía entender, me costaba. Yo tenía la oportunidad de este jardín, era una forma de abonar este jardín. Pero estaba la esperanza de que sí los iba a sacar, que era transitorio, no pensábamos que fuera que no iba a ser tan largos. En el momento del entierro no había pensado todavía que nos íbamos al exilio, no había pensado que el golpe había sido tan severo y tan duro y tan bien armado que nos iba a dejar tantos años sin poder acceder y volver a eso. El entierro era en ese sentido transitorio. Ese hecho de envolverlos, de poner bases de arena, generar sistemas de filtración, era que no teníamos la magnitud... la derrota y el golpe era tan brutal que no teníamos la magnitud de esa derrota que habíamos tenido. El "Toto" Schmucler siempre dice el comentario "esa fiesta que fue el Cordobazo terminó en la tragedia del '76". Toda fiesta termina en la tragedia. Todavía no teníamos magnitud de la tragedia. El hecho era que se podían volver a sacar. De todas maneras pienso que la situación de la vida era tan límite con lo cual los objetos iban perdiendo valor. Una parte se perdió ahí y la otra parte fue repartido entre los compañeros que si querían esos libros y se los llevaron y no sé que habrán sido. Hay una parte por la cual me siento muy bien y que se desplazó hacia otros lugares. Como cuando

nos fuimos tuvimos que hacerlo con un bolso y una valija era imposible llevarse los libros. Volví a devolverle los libros a mi padre que por la situación política que había tampoco los quería mucho, mantenélos un poco lejos o dáselos a otro. Entonces no puedo pensarlo al hecho tan poéticamente porque lo tengo muy al borde de que desprenderse de los libros podía ser importante para salvarse uno, salvarse... Para salvarse.

De ahí es que las ternuras que tengo son de los recuerdos de lo que leí sobre todo respecto a la literatura y la poesía. Pero sí lo que extraño es la música que teníamos ahí guardada. Posiblemente estaba Parra, algunos originales de recitados de Guillen, de Alberdi recitados por él, el recitado de Borges me lo quedé y ahí lo tengo. Y también posiblemente se fueron fotos, ese tipo de cosas, pero no tenía necesidad de llevarlas. Después sí pensé que hubiera sido un riesgo enterrarlas. Cuando paró el camión militar que nos preguntó por este muchacho creo que habíamos terminado de tatar el pozo. Estábamos arriba del techo poniendo las vigas, y pensé si se entran y ven la tierra blanda van a querer saber qué hay ahí. Pura locura de uno, porque ni se bajaron del camión. Uno se volvía medio obsesivo con este tipo de cosas. Y después pusimos un nogal, después vino el Tomás y puso la pieza. Como que cerramos esa etapa.

GH: ¿Vos decís que la pieza está arriba de los libros?

D:Sí, pero no hay que masoquearse con esas cosas. Es muy feo cuando metes la pala y sacas un montón de papel picado. Es como andar desenterrando muertos y esto era bien cadáver. Esa sensación. Me acuerdo que la Selma decía “dale, dale, dale”. Y yo no quería porque iba a empezar a ver los colores y reconocer los libros y dije no. Y tenía dos o tres revólveres que había metido. Y también dije, si esto está hecho bosta...

Ese revólver que era muy chiquito, era un buen revólver, tenía medio quilo de grasa, arriba y abajo, de ambos lados, muy bien envuelto. Lo había visto en las películas, cuando los maquis guardaban sus armas, y según yo tenía que funcionar, pero no me funcionó un carajo. Después me enteré que tiene que ser grasa de vaca totalmente deshidratada, porque la grasa de petróleo viene con cierta cantidad de agua. Eso no sirve. Eso después lo leí en Hobsbawn que es un historiador inglés que cuenta la metida de los ingleses a la India y de un despelote que se arma en una guerra de castas, porque le entregan armas a los hindúes que están puestas en grasa de vaca y la vaca es sagrada. Y ahí

dije, cagué, esta grasa no sirve para nada. Hay que comprar grasa de vaca o grasa de chanco para guardar un metal.

GH: Es una cuestión técnica que...

DA: ...que no la sabíamos. En cambio la Negra, Cristina, con quien recién estábamos hablando dijo “yo la quemé completa”. Y ella tenía una muy buena biblioteca. Ese es otro muy buen tema. La gente que quemó sus bibliotecas.

Hablamos con Liliana

GH: Partimos de un hecho del cual queremos que nos cuentes, que es la biblioteca enterrada en tu patio. ¿Cómo fue la decisión de enterrar esa biblioteca?

LV: Han pasado muchos años. Eso pasó entre el '75 y el '76. Son casi cuarenta años y la decisión de enterrar los libros no fue una decisión individual, fue colectiva. Todos los que en los '70 teníamos algún compromiso político, de militancia como estudiantes, o a nivel sindical, o incluso algunos que estaban activos en organizaciones armadas, cuando comienza la represión que es ya después del Golpe a Obregón Cano cuando ya está [Oscar] Ivánissevich a nivel nación, vienen todas las intervenciones a las universidades, y que también aparece toda la desarticulación de lo que fueron los movimientos sociales y políticos, a nivel de grupos, de amigos, de familia, necesitábamos resguardarnos y resguardar las cosas que para nosotros eran importantes.

Una cosa que era muy peligrosa era que pudiéramos tener libros que nos comprometieran con la acción subversiva. Y entonces, ¿qué hacíamos con los libros? Un gran tema de conversación entre nosotros era qué hacíamos con los libros, porque no queríamos deshacernos de los libros, los queríamos conservar con nosotros. Y había diferentes opciones. Una opción concreta era enterrarlos, porque significaba también poder recuperarlos. Nosotros en el '75 empezamos a hacer esta casa. Gran parte de la casa la hicimos juntos, Dardo y yo, con amigos. Cuando la casa estaba en obras coincidió con estas decisiones que había que tomar.

Nosotros decidimos que la mejor opción para nosotros y de menor riesgo era traer los libros a la obra y enterrarlos, pero no fue algo que hicimos en un solo momento, sino que se hizo en etapas. No duró una tarde, un día, era complicado, había que prepararlos, elegir el lugar, etc. Lo que nosotros decidimos fue usar un pozo de cal que se había hecho para hacer la casa con la idea que el pozo de cal iba a proteger los libros. Esto es lo que yo recuerdo. Y sobre el pozo de cal pusimos un piso de ladrillos, para que cuando lloviera, filtrara. Sobre el piso de ladrillo íbamos poniendo paquetes de libros envueltos en bolsas de plástico.

Tengo la idea de que mientras estábamos haciendo esa operación, que la hacíamos con total naturalidad, un día paró un Unimog con una patrulla militar en la puerta y se bajaron unos soldados llamándonos. Nosotros estábamos en el techo con otro compañero clavando palos en el techo, Cipriano se llamaba. Por supuesto se nos vino el corazón en la boca y nos estaban preguntando si por esta calle podían ir a otro barrio y en realidad estaban buscando una casa de un compañero que iban a hacer un allanamiento. Por supuesto fingimos demencia y no les dimos ninguna información. Se fueron y nosotros sentimos un gran alivio. Pero todavía no estaban tapados los libros.

GH: Los libros ¿eran de una biblioteca suya o había libros de otros compañeros también?

LV: No, yo creo que eran los libros nuestros. En realidad, no fue toda la biblioteca. Por eso fue toda una tarea, había que elegir con qué libros nos quedábamos y qué libros podíamos a enterrar, cuál era un libro peligroso y cuál no, dependía supongo de cómo lo evaluáramos. Todo el marxismo, los libros de Marx, Engels, de materialismo histórico, los libros del Che, de Lenin, de Trotsky, todo los que eran libros vinculados claramente a literatura marxista estaban puestos ahí, pero había otros que eran medias tintas: la colección del Centro Editor de América Latina, no me acuerdo, pero también era una colección peligrosa.

GH: ¿Cuántos libros eran?

LV: ¿Cuántos? ... Vos calculá que habrá sido un hueco que habrá sido de 1 metro y medio cuadrado y era profundo, por lo menos habrá tenido medio metro, un metro de libros. Eran paquetes de libros uno que pusimos uno al lado del otro, que luego los cubrimos de nuevo con el plástico y después le tiramos tierra. No te podría decir la cantidad de libros, pero eran muchos.

GH: ¿Cuáles de esos libros son los que más recordás?

LV: Los que te digo. Eran libros que estaban directamente vinculados con todo lo que tuviera que ver con marxismo, materialismo, materialismo histórico, *El hombre nuevo* del Che, las de Lenin, *¿Qué hacer?*, Gramsci, Trotsky, era todo lo que tenía que ver. O sea lo que era literatura lo podíamos dejar afuera. Después también había como algunos libros puntuales de los cuales conversamos antes si los poníamos o no, como los de Historia Argentina, los de Milcíades Peña o Maurice Doc.

TAV: Una vez me contaste que había algo de un libro de poesía, en relación a un libro que quisiste salvar de eso. ¿Hubo alguna decisión sobre esos libros?

LV: Cuando nosotros enterramos esos libros todos estaban para ser salvados. Sí me acuerdo del libro de poesía de Oliverio Girondo que no lo enterramos pero se lo dimos a algunos amigos que se fueron antes que nosotros al exilio aunque como libro de compañía. La verdad es que no me acuerdo de libros de poesía que hubiéramos enterrado. Porque no me quiero acordar o porque pensamos que no era necesario. Si me acuerdo que otros compañeros por ejemplo que los llevaban por ejemplo a lo de un familiar, pariente en el campo, pero era un problema llevarlos, porque si te paraban en la ruta y te encontraban con los libros corrías el riesgo de que te detuvieran. Ya había pasado la gran quema de libros que se había hecho en la Facultad de Filosofía cuando asume el interventor De La Vega se decomisa la Biblioteca de Filosofía y se hace una gran quema de libros frente al Decanato, al Pabellón Residencial, y ahí había de todo.

Se perseguía todo lo que fuera desde matemática moderna, jurismo, libros rojos (o sea el *Libro Rojo* de Mao pero también libros “rojos”), la Laura Devetach, todo lo que eran sus cuentos infantiles, eran libros prohibidos. Había libros de literatura, poesía, infantiles prohibidos. Distinto es o era lo que uno concebía como libro prohibido y lo que se declaraba como libro prohibido. Nosotros nos manejábamos en los márgenes de lo permitido o lo prohibido.

GH: ¿Hasta cuándo existió el plan de desenterrar los libros?

LV: Siempre, para eso los habíamos enterrado. Los únicos que sabíamos dónde estaban enterrados los libros éramos nosotros. A los libros los enterramos porque eran los libros que queríamos salvar. Cuando nos fuimos a México siempre pensamos que al regresar lo primero que íbamos a hacer era desenterrar los libros. Era recuperar nuestra biblioteca, o parte de nuestra biblioteca. Y efectivamente, cuando en el '84 volvemos, una de las cosas que hacemos es esa, buscamos los libros. Nosotros sabíamos que los libros estaban en el fondo de casa entre tres pinos. Ahora dos, porque uno se cayó en una tormenta que hubo hace dos años y hay otro pino que se ha secado. Pero entre esos tres pinos estaba el pozo. Empezamos a buscarlos, y nos costó trabajo, porque no los encontrábamos. Hasta que finalmente dimos con ellos, o lo que quedaba. Fue en realidad una gran frustración porque nosotros pensábamos que sí los íbamos a poder recuperar y lo que encontramos fueron despojos de los libros. No fue suficiente, lo que nosotros pensábamos en ese momento que era una precaución el haberlos envuelto, dejado sobre un piso que pudiera drenar, etc. No pudimos recuperar los libros que nosotros pensamos que teníamos guardados, no los pudimos recuperar, no los pudimos recuperar...

GH: ¿Qué encontraron?

LV: Encontramos restos de libros y restos de bolsas de nylon. Estaban como podridos. La tierra, el tiempo, la lluvia los habían ido consumiendo. No fue suficiente para protegerlos de la humedad, de la acción de la naturaleza. La tierra se los fue tragando. Pero si los encontramos en el sentido de decir "aquí estaban", los libros no desaparecieron lo cual era importante.

GH: ¿Y existió la voluntad de recuperarlos en otro sentido? ¿Volver a construir esa biblioteca, hacerse otra vez de esas ediciones que quedaron enterradas? ¿Cuál es la relación entre la biblioteca que tienen hoy ustedes y esa biblioteca que enterraron en el '75-'76?

LV: Bueno, muchos de esos libros los tenemos en la biblioteca. En parte mucha bibliografía la compramos en México, sin saber todavía, porque la necesitábamos allá para

nuestro trabajo como universitarios, y en parte también porque los queríamos tener. Sí, los hemos ido recuperando, por lo menos mucho de aquella bibliografía está en la biblioteca. Otros no, como que también hay muchos textos que en aquel momento podían haber sido valiosos –valiosos eran todos y lo siguen siendo, creo yo- pero a nivel de su contenido, del sentido que tenían cuando los compramos, etc., eso fue cambiando porque nosotros también fuimos cambiando. Pero sí, creo que los libros de Gramsci, los de historia, los de Marx. Por ejemplo, Lenin me parece que quedó en el camino, no tenemos mucho de eso, o Trotsky tampoco. Pero tengo la idea de que a muchos los hemos recuperado o, por lo menos, la línea de trabajo.

GH: ¿Hay alguno que no hayas podido recuperar y que siempre te va a resultar una falta?

LV: No. No sé si haya. Puede que haya alguno, pero eso más tiene que ver con una cuestión de actitud. Digo no. Esos libros fueron muy importantes en su momento y fue muy importante haber hecho lo que hicimos. Pero también el hecho de que esos libros no los hayamos podido recuperar, que se hayan deteriorado, también tuvo que ver con el momento, también fue la derrota de la dictadura militar, fue la recuperación de la democracia, la experiencia vivida de esos ocho años fuera del país. Fue la experiencia vivida muy positivamente, pero también la decisión de haber vuelto al país, la reflexión respecto de lo que significaron los años previos al golpe militar, los años de militancia, los años de endurecimiento político y terrorismo, el año del golpe que estuvimos aquí. El golpe fue el 24 de marzo de 1976, Dardo se va en agosto del '76 y yo me exilio con Tomás el 18 de diciembre. Melina nace en México. A partir del '74 fueron años duros vividos acá. El retorno en el '84 también implicó toda una reflexión sobre la vida. Y bueno, el no haber podido recuperar los libros sí fue una gran decepción, pero bueno también uno lo podría leer desde otro lugar, nosotros el día que decidimos irnos de la Argentina tomamos una decisión de vida y el día que decidimos volver también. Los libros también significan eso.

En realidad, cuando nosotros nos volvemos sin saber que nos iba a pasar eso, nosotros pensábamos que los libros que traíamos se sumaban a los libros que ya estaban. Cuando volvemos a la Argentina, en la mudanza, lo que traemos básicamente son libros, discos y libros. En nuestras valijas ropa, juguetes de los chicos. Todos tenían una valija que cargar. Tomás que tenía ocho años, venía con su mochilita y sus petates; Melina, que era

más chiquita, tenía cuatro años, venía con un globo terráqueo de papel, esa era su tarea. Y lo que traíamos como equipaje no acompañado eran cajas, cajas y cajas de libros, comprados en México y discos de vinilo. Los libros siempre nos han acompañado, por eso la historia de los libros enterrados.

GH: Durante esos ocho años en que todavía existía la posibilidad de que los libros volvieran a la biblioteca, ¿cómo operaba en el imaginario de ustedes esa biblioteca enterrada? Las personas que se quedaron viviendo en esta casa, ¿sabían de la existencia de esta biblioteca?

LV: En realidad era un problema de seguridad en relación a nosotros y en relación a quienes se quedaban acá., Por eso nunca compartimos esa historia con quienes se quedaban acá. También era una forma de cuidarlos y cuidar también a los libros. Porque podrían asustarse, desenterrar los libros y quemarlos. Pero, en realidad, siempre pensamos que los libros iban a estar. Por supuesto que sabíamos que era una posibilidad que se hubieran deteriorado, pero nosotros apostábamos a que se hubieran mantenido.

T: ¿Cómo operó la idea de que esos libros estaban a la distancia? ¿Cómo operó en ustedes esa expectativa?

LV: Era una cuestión fáctica. Nos habíamos tomado los recaudos que pensábamos que eran suficientes para mantenerlos, para tenerlos. Había otra cuestión, era que no teníamos mucho a quien preguntar porque todo era factible a ser puesto en sospecha. Que uno fuera a un editor, a un bibliotecario, a un químico, ¡qué sé yo! Cómo podríamos hacer para poner a buen recaudo un enterramiento de libros ya era sospechoso. Eso implicaba un riesgo. Primero dejarlos. No resguardar los libros era perderlos, los resguardamos mal, podríamos decir, pero básicamente lo importante fue la intención. Por eso te digo que era una preocupación colectiva. Hubo una actitud, era una preocupación de todos con qué hacer con los libros porque todos estábamos preocupados por proteger los libros. No conozco a nadie que haya enterrado libros que los haya podido recuperar sanos y salvos. Lo hemos

hablado con compañeros y todos tuvieron este final. Hubo otra gente que los quemó, otro que los llevó a la casa de campo de sus abuelos a San Esteban y esos tuvieron mejor vida.

GH: Quemarlos era un gesto muy emparentado a lo que la dictadura estaba haciendo con los libros.

LV: Sí, literalmente, lo que pasa es que hubo mucha gente que se deshizo de los libros quemándolos pero tenía que ver con las condiciones de cada quien. No es lo mismo tener un terreno que vivir en un departamento alquilado. El tema del traslado era una cuestión de mucho riesgo. También había material de la agrupación donde nosotros militábamos que se llamaba LAP.¹⁴

GH: Te voy a hacer una última pregunta. ¿Cómo fue cuando desenterraron los libros y vieron que no estaban en buen estado? ¿Cómo vivieron ese momento y qué decidieron hacer?

LV: Fue una gran alegría encontrarlos aunque no estuvieran en condiciones. Fue un gran trabajo encontrarlos. Por eso es que yo te decía que haberlos encontrado era muy importante, porque tienen que ver con esta idea del desaparecido. El haberlos encontrado fue muy bueno. Con esos libros también había un rifle y también lo encontramos completamente oxidado, completamente comido y no servía para nada, que también decidimos enterrar. Y bueno, yo creo que fundamentalmente eso, que haberlos encontrado fue más importante que haberlos encontrado deteriorados y lo que hicimos con los libros fue volver a taparlos... No recuerdo si logramos recuperar algo. Los tapamos de nuevo. Esa es la historia, parte de la historia, pero está ligada a que la biblioteca se construye en el tiempo, uno está permanentemente adquiriendo libros, buscando libros, te regalan libros, intercambiamos libros, prestamos los libros, perdemos los libros... Los libros en la biblioteca circulan. Entonces es la vida que tiene la biblioteca, el tema de las bibliotecas y

¹⁴Línea de Acción Popular.

los libros es un problema, nunca tenemos suficiente lugar donde guardar los libros, es un buen problema, no es malo.

El tema ese de los libros de poesía... Es probable que sí, que hayamos dejado... Yo tengo la idea de que preferimos tomarnos más el riesgo de tenerlos con nosotros que enterrarlos, en el fondo intuyendo que enterrándolos corrían riesgo, como efectivamente fue.

La violencia sobre las cosas

La historia de las cosas es también una historia de violencias. Cada vez que dos culturas se cruzan, por conquista, por azar o por comercio, ahí están, siempre, las cosas. Anáforas de vino, oro a ser rescatado, cruces, espadas, papiros, libros... La lista es tan larga como nuestra historia como especie. Encarnaciones de la inteligencia humana, las cosas son nosotros fuera de nosotros y son, a la vez, el espejo desde el que nuestro interior se va moldeando.

Así como la memoria y el pensamiento se constituyen a partir de olvidos y recuerdos, la cultura se edifica sobre la destrucción y la preservación de distintos artefactos. Hasta que la fotografía, la fonografía y la cinematografía perpetuaran nuestras existencias más allá de nuestra muerte, papel, lienzo y piedra fueron los vehículos de nosotros más allá de nuestros limitados y frágiles cuerpos. Así, cada vez que una cosa desaparece, parece también la memoria de quien encarnaba.

Memoria, preservación, disputa por el recuerdo. La arqueología procura reconstruir un mundo social a partir de los restos. Las tradiciones en disputa son muchas. ¿Qué dicen los restos de los cuerpos? ¿Qué dicen los restos de los objetos que pertenecieron a esos cuerpos? Ante la creciente conciencia de que las cosas son un nosotros fuera de nosotros, la arqueología simétrica se propone tratar del mismo modo a cuerpos y objetos, en un mismo plano. ¿Cómo podemos tratar a los libros que fueron quemados? ¿A los que fueron enterrados? ¿A los que fueron ocultados y nunca pudieron ser encontrados?

De todas las violencias sobre las cosas, los libros, por su larga genealogía, han sido víctimas recurrentes. Hay versiones encontradas sobre la destrucción de la biblioteca de Alejandría. Algunas la sindicaron como parcial, otras como total, alguna como producto de un accidente y otras como atentado: un incendio durante la guerra civil del año 48 antes de Cristo; un ataque del emperador Aureliano en el siglo III; un decreto de Teófilo, papa copto, a fines del IV; la conquista musulmana de Egipto en el año 642... Estudios más precisos sugieren posibilidades diversas que incluyen destrucciones y reconstrucciones, saqueos y la confusión en las fuentes documentales en torno a los vocablos *bibliothecas* y *bibliotheka* para referirse a depósitos de papiros y bibliotecas.

Desde el siglo IX después de Cristo hasta 1966, bajo diversos instrumentos canónicos, y con eficacia oscilante, el *Index Librarum* de la Iglesia Católica prohibió textos y en sus momentos sus más intensos llegó a habilitar la persecución, aprisionamiento, tortura y ejecución de autores. Identificar las palabras de un texto impreso con los pensamientos de una persona es, con todo, menos obvio de lo que parece. La propiedad de las abstracciones encarnadas no es un camino tan lineal. En 1643 John Milton publica su *Aeropagítica*, un panfleto en el que reivindica la autoría de los textos y la libertad de expresión. Allí, cuestiona tanto el rédito económico de imprenteros aprovechadores que no reconocían la labor del intelectual, como la censura política previa propiciada por la *Ordenanza de Regulación de la Imprenta* del Parlamento inglés. “Ya que los Libros no son cosas en absoluto muertas, sino que contienen una potencia de vida en ellos que es tan activa como el alma de cuya progenie ellos son; ¡no!, preservan como en un vial la pura eficacia y extracción de aquel intelecto vivo que los crió”, afirma en uno de sus pasajes más exaltados. La existencia en potencia de una vida que reside en la abstracción de los caracteres, es, después de todo, lo que motiva el temor a los libros, al fantasma oculto en el caparazón de los lomos.

La conquista de América intensificó las destrucciones de códices y calendarios que las distintas gentes del continente ya venían realizando en sus propios ciclos de expansión militar y posterior decadencia. Ese reflujo español también derivó a Europa los códices Borbónico, Mendocino, Boturino y la Matrícula de Tributo. Nuevamente, la permanente disputa entre destrucción y preservación. Sus denominaciones, castizas antes que náhuatl, dicen mucho sobre la dominación ejercida. Algo similar sucede con las culturas mayas, sus códices preservados fueron rotulados bajo los toponímicos de Madrid, Dresde, París y Grolier (por el Club Grolier de Nueva York).

En su *Apologética historia sumaria*, Fray Bartolomé de las Casas lamenta la destrucción de los libros que contaban al menos ochocientos años de historia mesoamericana: “Estos libros fueron vistos por nuestros clérigos, y yo aún pude ver restos quemados por los monjes aparentemente porque ellos pensaron que podrían dañar a los indígenas en materia de religión, ya que se encontraban al inicio de su conversión.” El fuego cristiano consumió no sólo las propias herejías sino también los paganismos ajenos.

El Nuevo Mundo, novedad territorial apenas relativa a su extracción de unas cronologías y inserción en otra, no tiene una Alejandría que le sirva de metonimia. Sabemos, sin embargo, que a fines del siglo XVII, en la ciudad maya de Tayasal, se destruyeron los últimos ejemplares de esta genealogía libresca. Por fortuna, la figura de Fray Bartolomé

guarda memoria de violencias similares ejercidas por los conquistadores sobre los naturales de esas tierras y sobre sus objetos.

El papel, en sus diferentes materializaciones, derivado de lienzos, paños o pasta vegetal, es una superficie de inscripción tan maleable como frágil ante el fuego, el agua o las alimañas. Preservar las letras impresas es tarea ímproba que nunca cesa. La pelea para evitar la destrucción de los libros ocupa muchos frentes: se los cuida del agua y del fuego, del polvo y la humedad, de las condiciones que favorecen la presencia de sus predadores naturales (hongos, roedores e insectos), pero también de los fanáticos que los ven como amenazas, de los censores, de los ladrones.

El papel es un depositario privilegiado de las ideas de los hombres, en su fragilidad reside también su virtud, la posibilidad de su multiplicación. A fin de cuentas, un texto es apenas la fijación de una abstracción, sea mediante un procedimiento caligráfico, que de ordinario llamamos escritura, o por la presión de unas tipografías entintadas contra el papel, de donde viene la etimología que describe la función que da nombre a la máquina que conocemos como imprenta. A la conservación por preservación, encuadernada, en anaqueles, en bibliotecas, se agrega su conservación por redundancia: multiplicamos los libros en copias manuscritas, en tiradas de ejemplares, en reediciones, en fotocopias, en digitalizaciones. Pero siempre nos persiguen los fantasmas de Alejandría y de Tayasal, de las piras de libros del Opernplatz en Berlín y del III Cuerpo de Ejército en Córdoba, del presbítero Tomás de Torquemada, del canciller Li Si de la dinastía Quin y del destituido General de División Luciano Benajmín Menéndez.

Agustín Berti
Verano de 2017

Leer y escribir

En el mismo momento que aprendía a leer libros como Hansel y Gretel, Pulgarcito, Caperucita Roja, Blanca Nieves y los Tres Chanchitos, cuando me preguntaba, luego de haber leído, qué era un frijol y si alguien me ayudaría a conseguir uno para plantarlo en el patio de casa, los padres de Tomás enterraban sus libros y mi padre quemaba los suyos. Esa sincronía entre ingresar al placer de la lectura, y conocer los acontecimientos trágicos que involucraban a nuestros padres y sus libros, fusionaron muchos sentimientos que se sintetizaron en uno: la pasión por los libros. A partir de aquí, fuimos niños que además de tener una biblioteca convencional en sus casas, teníamos una biblioteca ausente.

Esos libros devinieron sin cuerpo, objetos de la desmaterialización, imágenes de la violencia, símbolos de la utopía y víctimas del deseo de nuestros padres por sobrevivir.

Recién ahora puedo formular esta pregunta: Esos libros, ¿habían desaparecido verdaderamente?

Si bien teníamos razones para el pesimismo¹⁵, ambas bibliotecas insistían en reaparecer y seguir edificándose en nuestra imaginación. Protagonistas de una escena dantesca en el caso de la biblioteca quemada e inspiradora de múltiples fantasías y deseos de buscar los libros que aún estaban bajo tierra.

*

Un libro es un objeto extraño. Su materialidad no guarda una relación estricta con lo que contiene, ni con lo que representa. Desborda su domesticada apariencia, su convencionalidad extrema donde cada una de sus partes tiene una función, un lugar. Un libro condensa un contenido que no es la información que está inscrita en sus páginas. Y de la misma manera, la destrucción que se inscribe en su materia trasciende el objeto, destruye muchas cosas:

la destrucción de las ideas

la destrucción de un autor

la destrucción de la memoria de los pueblos

la destrucción de la libertad de expresión

la destrucción de la historia de esos objetos

¹⁵Dardo Alzogaray había intentado desenterrar la biblioteca en 1984 y constató entonces el mal estado de los libros, lo cual nos podía llevar a suponer que más de treinta años después de ese suceso no quedara nada.

la destrucción de una edificio de pensamiento

la destrucción de las subjetividades

la destrucción de la diversidad

la destrucción de la imaginación...

*

No se si lo soñé o si se tata de ese tipo de recuerdos familiares de los que uno apropia como si fuera el protagonista de los hechos. Es la imagen de mi padre en la casa de campo de Agua de Oro arrojando libros al hogar del living. La historia cuenta que eran tantos que la quema duró muchas horas y que los hierros del hogar quedaron al rojo vivo. Yo puse esa historia al lado de una fecha: 24 de marzo de 1976. Ese fuego fue más perturbador cuando en el año 2013 mi padre me aclaró la fecha del suceso: 1963.

*

El primer libro que le pedí a mi padre en una librería de la calle Dean Funes, fue uno de arqueología. Tenía tapas duras y era de color rojo con una imagen pequeña de alguien excavando debajo de la palabra “Arqueología” escrita en tipografía con serifas en un cuerpo bastante grande. Ese libro no era para niños, pero yo lo quería porque por alguna razón que en este momento no recuerdo, quería ser arqueóloga. Orgullosa del regalo que me había hecho mi padre, llegue a casa con el libro adentro de una bolsa e inmediatamente intenté leerlo. Me resultó imposible comprender la información que contenía: el libro era para mis cortos siete años, indecifrible. Sin embargo volvía a intentarlo una y otra vez. Con el transcurso de mi insistencia desarrollé una técnica de lectura que consistía en mirar las palabras y las formas que estas construían en la página. Las palabras iban rebotando unas contra otras y algunas se quedaban pegadas entre sí.

*

Un libro desaparecido es un libro que se sigue escribiendo, deja de preservar el contenido de sus páginas para dar lugar a la memoria sobre los hechos que llevaron a su destrucción.

Brevísima relación de la destrucción de los libros no comenzó hace tres años, comenzó en nuestra infancia. Es un proceso que mueve la tierra, pero también sustratos de nuestra formación como personas. Quizás en esta historia está la respuesta de por qué Tomás trabaja en una biblioteca y sus obras están hechas en cuadernos, de por qué Agustín se dedica a pensar la materialidad y la inscripción de los textos como tema de indagación académica y por qué yo me dedico a escribir, construir libros y moverlos por el mundo.

*

Un libro desaparecido es un libro que se sigue escribiendo, deja de preservar el contenido de sus páginas para dar lugar a la memoria sobre los hechos que llevaron a su destrucción.

Exhumación

Día 1. 7 de enero de 2017

Comenzamos la tarea a las 9 de la mañana. La primer zona a excavar es el fruto de una caminata por el patio que hicieron Liliana y Tomás. El Equipo Argentino de Antropología Forense diseña la cuadrícula con estacas e hilos rojos. El sitio debe¹⁶ tener un nombre: “biblioteca roja”. El deber tiene que ver con formas de proceder de la arqueología forense, el sitio toma un nombre que aparecerá en fichas e informes, en una tablilla fechada que se utilizará para realizar fotografías.

Pasamos del mapa al territorio por primera vez. La tierra tiene olor, forma, peso y es blanda porque ayer llovió. Tiene lombrices y varios tonos de marrón.

Cavar es automático, parecido a nadar pero más sucio y pesado. Ese automatismo implica entrar en un estado de meditación que guía la pala hasta la tierra, y la tierra a la carretilla, y la carretilla al montículo que crece rápido. Somos un total de ocho personas cavando y sostenemos el ritmo.

Aunque al comienzo era una aventura de quien busca un tesoro, ver un pozo tiene connotaciones trágicas: enterrar al muerto, buscar al desaparecido. El movimiento es de vaivén que resulta en una sensación liminal. Nos encontramos entre el tesoro y el desaparecido, entre la euforia y el luto. Entre la biblioteca y la fosa común.

Son días en los que aparecen textos:

La lengua nos indica de manera inequívoca que la memoria no es un instrumento para conocer el pasado, sino sólo su medio. La memoria es el medio de lo vivido, al igual que la tierra viene a ser el medio en que las viejas ciudades están sepultadas. Y quien quiera acercarse a lo que es su propio pasado sepultado tiene que comportarse como un hombre que excava. Y, sobre todo, no ha de tener reparo en volver una y otra vez al mismo asunto, en irlo revolviendo y esparciendo tal como se revuelve y se esparce la tierra. Los contenidos no son sino esas capas que sólo después de una investigación cuidadosa entregan todo aquello por lo que vale la pena excavar: imágenes que, separadas de su anterior contexto, son joyas en los sobrios aposentos de

*nuestro conocimiento posterior, como quebrados torsos en la galería del coleccionista. Sin duda vale muchísimo la pena excavar. Pero igualmente imprescindible dar la palada a tientas hacia el oscuro reino de la Tierra, de modo que se pierda lo mejor aquel que sólo hace el inventario fiel de los hallazgos y no puede indicar en el suelo actual los lugares en donde se ha guardado lo antiguo.*¹⁷

La cuadrícula completa tiene que descender al compás, eso implica correrse de lugar. Somos una rara cruza de alguien que ara la tierra y alguien que excava. Tomás quiere sembrar en el pozo un caparazón que hizo como ofrenda, pero antes, el caparazón se seca al sol.

El patio de Lili y Dardo era un jardín muy verde y ahora es un campo minado y revuelto. Darío Olmos¹⁸ en la primera entrevista que tuvimos nos advirtió: “una excavación arqueológica es un hecho único, destructivo e irrepetible”. La *destrucción* que de estar inscrita en el título del proyecto, desciende al mundo de las cosas.

El lugar transmuta de lo íntimo a lo público. Formamos montañas de tierra y huecos. El verde está manchado de marrón y la alfombra de pasto uniforme y carnoso desapareció.

Lili está de viaje y nos dejó la casa.

“Los gusanos de La Perla” dijo Flavia o Anahí¹⁹, también arañas peludas de un tamaño extravagante, lombrices retorciéndose en su amanecer inesperado de la tierra. Algunos bichos se comen los objetos, y otros que los usan de casa.

El equipo de antropólogos tiene la certeza respecto a encontrar la biblioteca. Les decimos que es posible que el tiempo se la haya tragado, que el papel no resista cuarenta años bajo el peso de la tierra, la humedad y el ácido de los pinos, que Dardo ya hizo el intento hace más de treinta años y lo que pudo encontrar estaba en muy mal estado.

La respuesta es “algo tiene que haber”.

Les pregunto: ¿alguna vez no encontraron nada? Su respuesta fue “Sí. En La Perla, por diez años, no encontramos nada”.

¹⁷ “Excavar y recordar”. Texto que Benjamin nunca publicó. Reunido en Denkbilder. Imágenes que piensan. Abada editores 2012.

¹⁸ Director del Equipo Argentino de Antropología Forense.

¹⁹ Flavia y Anahí son miembros del Equipo Argentino de Antropología Forense.

Se suma a la devastación del patio, el posible hallazgo nulo.

La única respuesta es seguir cavando.

Hace 45° de sensación térmica.

SOBREVIVIR

Día 2. 8 de enero de 2017.

El primer relato de la humanidad es la *Epopéya de Gilgamesh*, una historia donde el héroe desea ser inmortal. El temor a la pérdida es una obsesión del hombre que está presente en el fundamento de la existencia de los libros. Era la primera vez que se usaban tablas de arcillas para construir un relato y el autor estaba planteando su propio deseo como escritor: no morir. Los libros nos permiten “escuchar a los muertos con los ojos”, como dice Chartier, y así prolongan la existencia. Hacer una gran obra significaría burlar la muerte.

Hamlet herido de muerte se acerca a su amigo Horacio y le ruega:

Si alguna vez los alientos de tu corazón me ampararon con el abrazo de la amistad, aparta de tu mente la felicidad del descanso de la muerte, y sigue en este valle de lágrimas y dolores, donde tantas fatigas se cosechan y cuenta mi historia a todos aquellos que quieran escucharla.

Ayer terminamos agotados y sin ningún indicio. Me desperté a las seis de la mañana pensando cómo podemos estar tan perdidos si es apenas un patio. Debajo de la superficie, la tierra es infinita.

Necesitamos algo que nos estimule a seguir en una dirección. Prendo mi computadora y vuelvo a escuchar las entrevistas que hicimos con Tomás en marzo de 2014 en la misma casa. Primero, la voz de Dardo y después la de Liliana. Dardo no dice nada preciso respecto al lugar, pero Liliana en el minuto 20'27" de la entrevista dice: “Nosotros sabíamos que los libros estaban en el fondo de la casa entre tres pinos, ahora quedan dos, uno se cayó hace dos años en una tormenta grande que hubo”. Su testimonio es contundente y sin embargo entre todos lo dejamos de lado, quizás porque pensábamos que volver a hablar con Liliana era suficiente. Esto me lleva a pensar que testimoniar es depositar la historia en otro, mover el recuerdo, manipularlo, trasladarlo, entregarlo como una ofrenda y en algún sentido deshacerse de él, apaciguarlo, curarse de lo doloroso que contiene. John Berger dice algo que me ayuda a pensar, “objetividad es lo que queda cuando algo se acaba”. En ese sentido, esta biblioteca sigue enterrada y por consiguiente no

se acaba, por lo que los mapas de su entierro van a seguir cambiando cada vez que preguntemos sobre ella.

Nos encontramos nuevamente en la casa con todo el equipo y comienza a llover a cántaros. Es un buen día para leer y recuperar el cuerpo. Me duele todo. Nos duele el cuerpo a todos.

Ante la lluvia y no poder seguir la excavación hacemos algo imprevisto, subimos a la biblioteca que está en el altillo. Para llegar a ella hay que subir una escalera. Recién ahora visualizamos las dos bibliotecas y en este momento me parece obvio la relación entre ambas. Ninguna está a nivel del suelo: una es el misterio y la otra el conocimiento, una representa la utopía y la otra el porvenir.

Cada uno elige un sector para mirar los libros. Rodrigo²⁰ filma y saca fotos y charlamos un rato. Ninguno se sustrae al deseo de acercarse y agarrar un ejemplar, abrirlo, dejarlo, agarrar otro, olerlo, leer una dedicatoria, comentarlo, ir al índice, ver de qué editorial es.

Hoy se hizo evidente que en la casa hay dos bibliotecas. Una en el altillo y otra en el fondo del patio. Una cuyos libros muestran sus lomos impresos ordenados en fila, y otra que imaginamos acostada con sus tapas soportando el peso de la tierra. Una biblioteca de muchos colores y otra solo roja. Cada una propone lecturas diferentes.

Desde arriba se ve el patio y los restos del trabajo de ayer.

Ya dije que estuve leyendo a John Berger. Es cierto que cuando uno está en un tema, todos los libros le hablan a eso. Al menos esa es mi forma de relacionarme con los libros, confío que siempre tienen lo que busco o incluso más de lo que espero. Volviendo a Berger, él habla de las pinturas en las cuevas de Pont d'Arc donde dice que *estas pinturas sobre la roca se hicieron para que existieran en la oscuridad, fueron escondidas en la oscuridad para que lo que representaban sobreviviera a todo lo visible y prometiera quizás la supervivencia*. Pienso en la oscuridad del pozo, en qué tipo de existencia ha preservado para esos libros enterrados por Liliana y Dardo, qué misterio nos espera y en qué supervivencia ha prometido. Me pregunto si podremos ver algo o nos encontraremos con la proyección de nuestras propias sombras cavando de forma obstinada.

Aparece otro libro chiquito, sin lomo, una plaqueta que dice “Michel Foucault. El Lenguaje al infinito” Las ediciones de Dianus con traducción de Antonio Oviedo. Le pido a Tomás

²⁰ Rodrigo Fierro, fotógrafo que se suma al equipo para realizar el registro fotográfico y fílmico de la excavación.

que me lo preste. Lo llevo a casa y da vueltas, es de esos libros que aparecen en todos lados y uno no sabe quién los movió. Tiene un hilo rojo que cruza su lomo inexistente.

En un bolso

sobre mi escritorio

en mi mesa de luz

Finalmente lo abordo y dice:

Escribir para no morir, como decía Blanchot, o incluso quizás, hablar para no morir es una tarea sin dudas tan vieja como la palabra. Las más mortales decisiones, inevitablemente, permanecen suspendidas mientras dura un relato. Como se sabe, el discurso tiene el poder de retener la flecha, ya lanzada, en un retroceso del tiempo que es su propio espacio. Es posible que, como lo dice Homero, los dioses hayan enviado las desgracias a los mortales para que éstos pudieran contarlas, y que en esta posibilidad la palabra encuentre su infinito recurso; es posible que la cercanía de la muerte, su gesto soberano, su relieve en la memoria de los hombres excaven en el ser y el presente el vacío a partir del cual y hacia el cual se habla.

POZO

Día 3. 10 de enero de 2017.

El día empieza entre los pinos. Para acceder hay que sacar la tierra que pusimos en esa zona en la excavación previa y obstruye el lugar donde queremos indagar hoy. Decidimos aprovechar el movimiento de tierra para tapar los huecos de la cuadrícula 1.

Comenzamos otra vez: medir, marcar, anotar, hilo rojo y estacas. Apenas se traspasa la superficie aparecen raíces muy gruesas cruzando nuestro espacio demarcado. Pronto también aparece carbón, ladrillos y trozos de cal. Un silbato y algo que parecen los restos de un lomo de libro, pero no lo podemos afirmar. Sentimos que es ahí. Surge cada vez más claro el contorno del pozo de cal hasta que de la tierra surge una línea blanca que dibuja cuadrado marrón, como si fuera una marca de tiza hecha en un pizarrón. Nos

concentramos ahí. Es pequeño, no más de 2x2 m de diámetro. Llegamos a los 50 cm y no hay indicios de los libros. Flavia decide hacer un sondeo en profundidad. Ya no hay lugar para los demás, todos miramos al Equipo Argentino de Antropología Forense actuar. Se va por uno de los bordes y excava un rato largo hasta que dice: aquí hay algo. Nylon e hilo, el borde de un paquete. Estamos emocionados pero hay que esperar, tapar y preparar todo para mañana porque ya no hay tiempo.

Llega Anahí con un champagne. Brindamos desde el borde del pozo.

BIBLIOTECA

Día 4. 11 de enero de 2017.

Pensábamos que en un par de horas de cavar ya habríamos llegado al fondo. Pero no. Hay que hacer el pasillo para poder trabajar y ser más cuidadosos que nunca. Casi al medio día aparece la imagen del primer paquete. “12:16” dice mi primera foto. Un bulto rosa y otro negro. Digo paquetes porque están envueltos en bolsas de nylon y atados con un hilo azul en forma de cruz. Cada uno parece contener varios volúmenes de libros. Primero vemos dos. Los pinceles van despejando suavemente la tierra. A las 12:19 aparece el tercero. Están acostados y dan la sensación de cuerpo muerto, de fosa común, de compañeros de entierro. Un entierro hecho con mucho cuidado. Me imagino que fue Liliana la que armó los paquetes, la que eligió las bolsas donde pondría los libros, la que puso esos hilos para después poder sacarlos tirando de ellos. Los envoltorios son coloridos: rosa, celeste, negro, beige, naranja. A las 15:31 tomo la foto de la primer imagen que muestra la biblioteca completa. Aparece alguna palabra, “citas del presidente Mao”, en un libro que está por fuera. Lo que se ve es una imagen que no esperábamos ver. Son 16 paquetes, 15 son libros y uno, el número 6 es otra cosa.

Intento escribir lo que veo: paquetes de tierra, atravesados por raíces, pegados a una base de ladrillos, aplastados y amalgamados al suelo, varios de ellos meteorizados, otros en bloque prometen algo de papel.

¿Qué es un libro que no se puede leer?

¿Un libro tierra es un libro?

¿Un libro raíz es un libro?

No alcanza el lenguaje para la descripción. Es una especie conocida pero transmutada.

La superficie de las cosas nos tiene acostumbrado a la percepción segura. Podemos hacer a partir de lo previsible. Caer en un pozo sin ver su fondo, leer un libro que no tiene información codificada, es disponerse a caer en otro lugar, correr los contornos del mundo y quedar suspendido un buen tiempo en esa caída.

¿Hay que sacarlos?

¿Hay que dejarlos ahí?

“El movimiento es más real que la inmovilidad, que la transformación de las cosas está mas cargada de enseñanzas quizás que las cosas mismas”²¹.

Decidimos exhumarlos.

Vivo transportando libros, cajas llenas de libro y me asusta la liviandad con la que me encuentro. Son libros pluma, leves, vacíos y místicos.

Lo que vemos son vestigios, restos cargados de tiempo, la estética y la experiencia de las ruinas de cuerpo presente.

¿Es la destrucción de esos libros? ¿O la conservación de lo que pasó con ellos? ¿Estamos ante una forma de supervivencia?

Todo el sistema de representaciones sobre lo que es un libro queda desestabilizado, hundido en la fragilidad de estos objetos que no queremos apenas tocar por miedo a que se desplomen o se desintegren. Lo que se puede leer ya no es lo que está escrito en ellos. Ahora tenemos una biblioteca desenterrada, la historia de una destrucción de los libros que no admite síntesis ni formas fijas para nombrar.

Gabriela Halac

17 de febrero de 2017

²¹George Didi-Huberman, “Arde la imagen” *Servive* 2º12

Tu ramillete de verrugas

1. De tortugas e iguanas

Estoy sentada frente al mar, temprano en la mañana en Isla Isabela, Galápagos. Veo una enorme iguana marina tomar sol en una piedra. Es un macho, gruñón y solitario que aleja a sus pares más jóvenes con un extraño chasquido. Este sector de la playa es de roca volcánica donde ellas habitan. En realidad el archipiélago entero tiene esta plataforma ígnea. A las iguanas les gusta porque su piel se mimetiza con el negro de las rocas. Se sienten seguras.

Las más pequeñas empiezan a asomarse de sus cuevas. Avanzan, se detienen. Felices se quedan como estatuas en las piedras o en la arena, al calor abrazador del sol ecuatoriano. Si me detengo a observar-me hago como ellas. Las rocas volcánicas parecen casi moverse. Son las iguanas que reptan buscando alimento en las rocas que el mar deja al descubierto al bajar la marea.

El mar tiene un color entre verde esmeralda y turquesa que invita a sumergirse y jugar con las olas. La arena es suave y delgada y corre una brisa agradable que se disfruta bajo la única sombra que veo en la playa. Son tres mangles añosos como los que crecen en toda la isla.

2. Lo que hicimos...

Hace casi tres años Gaby y Tomás nos propusieron hacer una entrevista a Dardo y a mi para hablar sobre los libros que enterramos en el jardín de casa durante el golpe militar de 1976.

Me llamó la atención su interés por saber más acerca de aquel hecho y su circunstancia. De qué se trató enterrarlos, qué nos llevó a hacerlo, cuándo lo hicimos, qué recuperamos de aquello.

Al escuchar sus preguntas y tratar de responderlas, empecé a tomar conciencia casi sin advertirlo, de lo naturalizado que estuvo entre todos nosotros durante casi cuarenta años aquel acto de preservación, dando por sentado entonces que aquello *era lo que había que hacer*. Por nosotros y por los libros. En ese momento fue muy importante haberlos enterrado porque de alguna manera significó haberles encontrado un lugar para salvaguardarlos y en ese acto al mismo tiempo salvaguardar nuestras vidas también.

Al retornar a la Argentina en tiempos de Alfonsín, disfrutábamos descubrir cada día amores, olores y sabores añorados. Y en ese reencuentro fuimos también a buscar esos libros. Queríamos saber qué había pasado con ellos. Los rastreamos entre los pinos, los encontramos y al constatar su erosión con el polvo del tiempo, decidimos dejarlos ahí y volver a taparlos.

3. *Sobre la larga y corta duración*

Pasaron casi cuarenta años entre el enterramiento de los libros y esas primeras entrevistas en el 2014. Buena parte de nuestras vidas. En ese ínterin, nos exiliamos en México, nace Melina, rearmamos la biblioteca, regresamos a la Argentina. Los chicos crecieron, estudiaron y durante varios años se fueron nuevamente a hacer mundo.

Pasaron en cambio, apenas tres años desde que Gaby y Tomás nos entrevistan hasta el desenterramiento de la biblioteca. Años no menos intensos. Regresan los hijos a Córdoba, uno y otra a su tiempo, llega a casa la bella Isabel, muere Dardo, en México el flaco Eduardo²², nace Brunis. *Y camino...*

4. *Me pregunto*

Hoy Gaby, Tomás y Agustín²³ me piden escribir un texto para la edición de este libro. No tengo demasiado claro de qué se debería tratarse. O cuáles pueden ser sus expectativas.

¿Me piden que escriba sobre los libros y lo que ellos significan como portadores de pensamiento e ideas? ¿De lo que significó esa acción en aquella época inimaginable de persecución y desapariciones? ¿Acerca de qué se trató el enterramiento de la biblioteca y qué nos llevó a hacerlo? ¿De cómo los enterramos y qué recuperamos de aquello? ¿Del entierro de los libros como un acto íntimo y privado y al mismo tiempo expresión de una historia social y colectiva? ¿Hablar de lo que implicó para nuestra generación y de lo que significa el encuentro con las generaciones que nos sucedieron? ¿Del lazo construido y por construir con los más jóvenes, y de su sensibilidad para escuchar otros relatos de nuestras voces? ¿O tal vez transmitir un mensaje de una madre a su hijo?

6. *De dolores y amores no conscientes*

²²David Miklós, hijo de Monique, una muy querida amiga del exilio en México, al cumplirse un año de la muerte del Flaco, lo recuerda amorosamente.

<http://literalmagazine.com/el-premio/>

²³Agustín se incorpora más tarde al proyecto en 2016.

En diciembre del '76 viajamos a México. Nos esperaba Dardo que había partido en agosto. Tomás, apenas un bebé, lloró prácticamente durante todo el viaje. Quién sabe por qué. Se calmó apenas horas antes de llegar a destino.

Cuando regresamos al país trajimos nuestro equipaje máspreciado. Dardo y yo, una colección de vinilos, una vajilla de cerámica azul de Toluca y una nutrida biblioteca rearmada a los largo de ocho años de exilio. Subieron al avión, Tomás, con una mochila y sus juguetes. Melina, de apenas cuatro añitos, quería igualmente portar su morral. Le encomendamos entonces, un hermoso mapamundi de cartapesta del tamaño de una pelota de futbol.

Al llegar a Argentina a Tomás le aparecieron en su rodilla derecha un ramillete de verrugas. En el '88 se fue de vacaciones a México. Recién entonces cuando regresó al país, las verrugas se le cayeron.

7. *De olvidos y memoria*

Yo estaba en la cabaña de Atos Pampa, cuando me avisa Tomás que finalmente habían encontrado el sitio, con el Equipo Argentino de Antropología Forense. En ese momento me retrotraje a 1976. Me acordé de nuestro amigo Ernesto y su hermano Horacio Siriani asesinado.

Dardo y Ernesto estaban en la cornisa de casa colocando el techo de pinotea. En la puerta se detuvo un camión del ejército con una patrulla de soldados a preguntar por una dirección en el barrio. Sabíamos de la vivienda de quienes se trataba. Fingimos demencia y la patrulla continuó su camino. Al fondo en el patio estaba el pozo de cal abierto con una buena cantidad de paquetes de libros esperando a ser cubiertos con tierra.

Meses antes Horacio fue secuestrado de su vivienda por un grupo de paramilitares de la Triple A, Alianza Anticomunista Argentina²⁴. Dos días después le entregaron su cuerpo a nuestro amigo en el Cabildo Histórico, por aquellos tiempos la Central de Policía de Córdoba.

8. *De adioses y bienvenidas*

²⁴Años más tarde *El caso Siriani* fue emblemático como prueba en el juicio a los militares y los años precedentes de Isabel Perón y López Rega.
<http://www.prensared.org.ar/4991/cosa-juzgada>

Anoche soñé que Dardo empezaba a despedirse. A dejarme ir. No sé bien qué significa. Pero tiene que ver con el viaje a Galápagos, las tortugas y las caparazones de Tomás. Como el acto sanador que supone desenterrar viejos dolores y recoger también otros nuevos que nos ofrece la vida.

Liliana

Galápagos, verano de 2017.